

MUJERES, RAZÓN Y PORVENIR | LITERATURA

BEATRIZ Espejo

**El ansia de volar
y otros cuentos**

El ansia de volar y otros cuentos



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Universidad Autónoma
del Estado de México

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricioli
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Jorge Alberto Pérez Zamudio

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

El ansia de volar y otros cuentos

BEATRIZ ESPEJO

COLECCIÓN
MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



El ansia de volar y otros cuentos

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Beatriz Espejo Díaz

ISBN (colección GEM): 978-607-5910-17-8

ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-846-9

ISBN (GEM): 978-607-5910-32-1

ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-847-6

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/21/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez
Diseño y formación: Hugo Ørtiz
Cuidado de la edición: José Cipriano Núñez Fernández

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Nuestro esfuerzo está dirigido a formar nuevos públicos lectores, sin descuidar la publicación de libros *necesarios*, por varias razones. Primero, porque creemos importante cultivar el espíritu humano frente a los problemas que se agravan en el mundo y en nuestra sociedad, con el objetivo de contribuir a la creación de una comunidad solidaria, pacífica y más justa e igualitaria.

Igual convicción tenemos en el aporte cultural del libro, en sus frutos, que modifican el pensamiento de la sociedad, ya que éstos no siempre interpelan a la razón o a la inteligencia, también le hablan a nuestro deseo de paz y tranquilidad, a nuestros prejuicios y limitaciones, a nuestro egoísmo y credulidad, a nuestros ideales, sufrimientos y anhelos.

Si aceptamos que la lectura es una actitud ante el mundo y la vida, más que un talento que involucra caracteres, técnicas y géneros, celebremos la creación de esta colección, *Mujeres. Razón y Porvenir*, por representar un paso más hacia la igualdad de género y un justo espacio para valorar el arte, la creación literaria y el pensamiento de las mujeres mexicanas.

Llegará el día en que la reflexión, la imaginación y la palabra carezcan de género, y se valore sólo la calidad y trascendencia de los trabajos artísticos e intelectuales. Por el momento, consideramos necesario apoyar la difusión de las creaciones femeninas con esta colección editorial, afán al que se suma —en las portadas de los volúmenes— el talento de mujeres mexiquenses destacadas en las artes plásticas.

Felicito a las escritoras, al equipo editorial y al público lector, por hacer de esta colección una valiosa aportación al enriquecimiento del espíritu humano.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI
Secretaria de Cultura y Turismo

Desde 1901 hasta 2021, el Premio Nobel de Literatura ha sido entregado a 118 personas; de ellas, sólo 16 han sido mujeres. La gran diferencia nos muestra claramente que en el ámbito de la literatura, como en muchos otros de la vida humana, la participación de las mujeres debe ser promovida e impulsada.

Afortunadamente, esa situación ha comenzado a revertirse y hoy vemos cada vez a más de ellas en diversos cargos de responsabilidad pública, como las secretarías de Estado, los órganos de los poderes de la república y en la ciencia, la academia y la creación literaria.

Por lo anterior, y porque, como afirma la académica española Pilar Lozano Mijares, “la cultura es un instrumento decisivo para lograr la igualdad o, por el contrario, perpetuar la desigualdad entre mujeres y hombres”, los universitarios decidimos que la difusión cultural debe orientarse a fortalecer la identidad y la inclusión social, de tal modo que todas y todos los integrantes de la sociedad puedan gozar plenamente de sus derechos culturales mediante su participación en la producción, la distribución y el goce del patrimonio cultural.

En este contexto, resulta sumamente alentadora la iniciativa de coeditar, junto con la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, la colección editorial Mujeres. Razón y Porvenir, que incluye obras de los diversos géneros literarios y de ensayo filosófico.

Quisiera felicitar a los curadores de esta colección, tanto del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal como de la Secretaría de Difusión Cultural de la Uaemex, por haber logrado reunir esta maravillosa variedad de obras que ejemplifican claramente la elevada calidad de las escritoras y pensadoras nacidas en México, o bien, que desarrollaron parte relevante de su obra en nuestro país.

Sin duda alguna, esta colección editorial está llamada a ser un referente en materia de difusión de la literatura escrita por mujeres mexicanas. Y es, desde ahora, una invitación a cambiar el mundo desde la literatura y con la literatura. Sirvan estas palabras como una invitación a participar en esta aventura.

Somos Uaemex

Patria, Ciencia y Trabajo

DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ
Rector

El ansia de volar
y otros cuentos

El cantar del pecador

Si lo que me has prometido
no lo llegas a cumplir,
qué triste ha de ser vivir
en este mundo aburrido.
Sólo en ti pensando vivo,
pero si te soy odioso
me iré a un campo espantoso,
a una serranía crecida,
a que me quite la vida
un animal ponzoñoso.

*Son jarocho,
estrofas clásicas para el zapateado*

Salí muy de mañana, sin levantar el agua, con la ciudad dormida bajo la frescura del rocío, un brillante titilar de lentejuelas sobre las piedras. El aire olía a tierra mojada y a brotes de flor. Las ventanas estaban cerradas y en las calles no había aún el menor movimiento. Me voy como una mujer culpable huyendo del escándalo, me dije; sin embargo, una tranquilidad extraña se posesionó de mí. Parecía que el corazón se me hubiera detenido. No derramé una lágrima mientras las casas quedaban atrás con las paredes un poco despintadas por los últimos chaparrones, que ese año fueron demasiado fuertes. ¿Cuántos años hacía desde que llegué a ese lugar del mundo? Imposible saberlo exactamente. No recordaba haber vivido en otra parte, aunque dormida creí habitar una mansión con escaleras que conducen al abismo y puertas sin cerraduras ni maniguetas, como las puertas de todos los sueños. Indiferente miré los pastizales, la silueta de una vaca que rumiaba impávida, la de una garza que con el pico le quitaba garrapatas del lomo. Por la ventanilla del automóvil vi la ribera del río.

Al pasar por Veracruz no quise detenerme. El mar gris y las nubes grises eran un espectáculo deprimente. Pronto se desprenderá una tormenta, pensé, y al caer los primeros goterones pensé también que esa lluvia me decía adiós con un llanto del cielo que me despedía conmovido. Un barco sueco atracado en el muelle no me inspiró el deseo infantil de subir a bordo para viajar hacia lugares lejanos; no imaginé que mi tristeza se iría entre la espuma que la embarcación dejaba como una cola blanca. Cerré los ojos semianestesiada el camino entero. A Fidel le indicaba cualquier cosa o le dirigía monosílabos: alguna pregunta, alguna respuesta.

—Si el coche tiene suficiente gasolina, tampoco te detengas en Xalapa —ordené.

—Prefiero revisarlo. Nos tocó un día pésimo, no para de llover y de seguro habrá neblina en el tramo que nos falta —dijo.

—De cualquier modo, continuaremos aunque sea a vuelta de rueda.

—¿Y si nos matamos por esta carretera resbalosa? ¿Y si nos desbarrancamos? —preguntó entre bromas y veras con un tono que procuraba ser risueño.

—No me vengas con cuentos, manejas bien y conoces cada curva —repose cortante. En el fondo de mí misma discurrí que caer en el precipicio sería alcanzar mi liberación. Y Fidel obedeció. Y se internó en la niebla espesa, la niebla más espesa que jamás soñé y que nos acompañó tenazmente hasta llegar a Perote.

Uno adivina su destino desde que empieza a crecer. Recordé una angustiada especie de ahogo que me asaltó siempre en este pueblo dejado de la mano de Dios, que durante la Segunda Guerra Mundial sirvió de cárcel a los alemanes y japoneses residentes en el país. Ahora será mi cárcel, dije, y supe cuán premonitoria había sido esa pesadumbre enclavada en el monte de la infancia.

De tres pisos, la casa de la tía Guadalupe se alzaba frente al zócalo. Cuadrada y lisa, con ventanas hasta abajo y rejas

austeras, su fachada no dejaba de tener cierta magnificencia y hasta podía opinarse que junto con el Palacio de Gobierno era el mejor edificio del vecindario, nada significativa por su arquitectura o por su gracia. Fidel bajó para llamar al portón con una manita de bronce.

—Hace frío —comentó al salir del auto encogiéndose y despidiendo vaho por la boca. La lluvia se había convertido en una escarcha helada—. Nos resfriaremos con estos cambios de clima —volvió a comentar.

Hubiera querido responderle. Nunca encontré ánimo ni palabras y me mantuve silenciosa. A los pocos minutos abrió la tía Pilar en persona. Había engordado y ya no se pintaba siquiera los labios. Pidió a Fidel que bajara mi equipaje y lo dejara en un recibidor.

—Nosotros lo llevaremos arriba.

Fidel ofreció subirlo. Ella dijo que no hacía falta, yo no proferí nada. Él nos miró interrogante y, ante nuestro mutismo, se despidió. Al oírlo arrancar el motor intuí que en ese momento se iba mi última posibilidad de salvación. Pero hay cosas que deben saberse para seguir viviendo o para morir de una vez por todas.

—¿Ya comiste? —preguntó Pilar.

—No tengo hambre.

—Bien. Aquí llevamos horarios fijos y nos levantamos hace rato de la mesa. Si has de vivir con nosotras, será útil conocer y adaptarte a nuestras costumbres.

—Lo entiendo. Procuraré darles las menos molestias posibles.

La casa se había hecho en torno a un gran patio tradicional flanqueado por corredores en los que desembocaban las habitaciones. Había inclusive una capilla con su altar neoclásico, columnas de mármol negro y santos alabastrinos en los sitios

principales. La tía me la enseñó de pasada, rumbo al último piso. Me asignaron una recámara que tenía balcón a la calle y un fuerte olor a cerrado, a un raro perfume de humedad y caoba, aunque las losetas brillaban y los muebles habían sido recién pulidos. La cama cobraba importancia con su dosel, una pesada colcha y un cuadro colonial de la virgen del Refugio colgado arriba de la cabecera.

—Este cuarto lo ocupaba la Nena, nadie duerme en él desde hace siglos —me dijo.

—Es muy bonito —respondí atendiendo a la elegancia del mobiliario y no a la opresión que me causaba aquel ámbito oscurecido por los terciopelos rosas de las cortinas corridas; apenas si entraba una luz mortecina, la misma luz que teñía las pesadillas de mi niñez.

—Te desocupamos los cajones. Desempaca y baja para que saludes a mi mamá y a Rosario —dijo Pilar y se dispuso a salir. En el vano de la puerta se detuvo un momento y agregó señalando con la mano—: Sólo eso está lleno de sábanas y carpetas. Supongo que no lo ocuparás. Es el arcón de la buena esperanza que hizo la Nena. Nuestra nana colombiana nos enseñó a llamar así los ajuares que las muchachas juntan para sus bodas. Todas hicimos uno —y en su cara se dibujó una sonrisa entre burlona y amarga.

Obedecí con una docilidad digna de mejor causa. Colgué mis vestidos en el ropero y al sacar los ganchos forrados de seda rosada sentí que ya los había tenido en la mano. Ordené mi ropa interior y mis medias en la cómoda y el aroma de los cajones me recordó algo; puse los pocos libros que conservaba y el papel de escribir en el *secrétaire*, y el tintero antiguo de cristal y su plumilla verde a la que le faltaba una parte me resultaron familiares; coloqué los frascos de crema y de colonias en el tocador y creí haberme visto ya en el espejo. Un peinazo me bastó. Bajé medio atontada; sabía que la niebla iba detrás persiguiéndome implacable.

En el costurero encontré a la tía Guadalupe. Junto a ella, Rosario bordaba un mantel enorme y no despegababa los ojos de su bastidor sino para elegir hilos de una cesta que había dejado a sus pies. Pilar se mecía con los ojos fijos en el techo, sobre las piernas mantenía un libro de historia natural abierto en las páginas de los animales prehistóricos, y la tía terminaba a ganchito la orilla de una servilleta. Cuando entré se ajustó los lentes como si quisiera reconocermé, como si yo hubiera cambiado mucho desde la última vez que acudí a visitarla acompañada por una de mis parientes para dejarle en propia mano la invitación de mi boda, una de esas invitaciones grabadas en México por Fernando Fernández que llevaban al frente dos iniciales entrelazadas. Se trataba de un formulismo. Todos sabíamos que la tía no iría a Tlacotalpan por ésa ni por ninguna otra razón. Le molestaba el calor y desde hacía veintitantos años buscaba diferentes excusas y salía poco de su casa.

—¿Bordas? —me preguntó a manera de saludo.

—Mis tías, las que me criaron, decían que necesitaba aprender porque se trataba de una tradición, de una herencia.

—Nosotras somos verdaderas maestras. Nos entretenemos diariamente con alguna labor, es uno de los placeres que nos quedan. ¡Mira! —estiró su bastón y apuntó hacia un *Agnus Dei* colgado en la pared, el cordero tenía el cuerpo cardado y la cara rebordada de chaquira y pastaba en un campo de preciosas hierbas silvestres; para completar la magia, el marco llevaba un vidrio biselado de azul y oro y debajo, en letras doradas, el orgulloso nombre de su ejecutante: Guadalupe del Castillo. La tía volteó hacia mí esperando un comentario. Nerviosamente solté una retahíla.

—Traje un tapiz que empecé hace tiempo, es una réplica de *La dama del unicornio*. Me lo regaló una amiga que lo compró en el Museo Metropolitano de Nueva York con lanas, agujas y demás aditamentos; pero me pareció una empresa de Penélope.

Pude acabar parte de la ardilla que sostiene una bellota entre las patas y lo dejé por la paz, aunque mi amiga me preguntaba por el avance de mi costura y...

—Aquí lo terminarás, las tardes son largas e idénticas —sentenció la tía—. ¿Ya te instalaste?

Asentí.

—Por escrito me notificaron tu llegada. Me alegré de que vinieras a buscarnos; a pesar de los chismes y de lo que te hayan contado, yo nunca le negaría amparo a ningún miembro de mi familia que lo necesitara.

Sobrevino un silencio y nadie lo deshizo hasta que Rosario dejó inconclusa la hoja de un clavel para avisar:

—Merendaremos a las siete.

—¿Las ayudo en algo? —pregunté.

—Hoy no, mañana. Dile a Pilar que te indique tus deberes.

Y terminó nuestro primer diálogo. Respiré aliviada y me pareció admirable que tuvieran el buen juicio de no emprender un interrogatorio.

Bonito nombre el suyo, ¿verdad?, la Nena Rosas del Castillo. De las hijas de Guadalupe, la Nena fue la más linda. Las tres llevaron nombres de vírgenes, y a la Nena, por ser rubia y ojiazul, le vieron aspecto de gachupina y le pusieron Refugio. Se presentaban a las fiestas vestidas y alhajadas con lujo soberano y a la Nena esas galas le sentaban mejor que a sus hermanas, quizá porque sabía reírse con más gracia. Se reía casi de cualquier cosa y su risa sonaba a coplas, a notas de guitarra o de arpa. En esa época viajaban con mucha frecuencia a Veracruz. Las recuerdo en los bailes de La Lonja, cuando Olga Maraboto salió reina del carnaval. ¡Qué entrada hacían en los salones! Parecían duquesas, tan elegantes, tan altivas que intimidaban a medio mundo. Bueno, la Nena no. La Nena embelesaba, movía su abanico y sus cabellos alborotados despedían olores a sándalo y las lucecitas que

irradiaban sus sortijas y sus aretes se figuraban estrellas paradas alrededor de su cabeza. En Tlacotalpan, venían a la finca de Licha Lara. ¿Recuerdas aquellos festejos? Los comelitones duraban varios días y también duraban días los sones de jaranas y taconeos. La Nena conoció a Niceto Carretero en uno de esos convites. ¿No te acuerdas de él? Estuvo aquí, era un asturiano de mejillas coloradas, chaparrón, medio envarado de maneras, que se embobó al verla. El hombre llegó sin un centavo y en esta tierra de promisión amasó una fortuna con la cual trató de ganarse a Guadalupe. Mantillas y dulces de almendra para la madre, serenatas y flores para la hija; pero a Guadalupe no se le cumplía el gusto fácilmente. Siempre dijo que sus muchachas bien casadas o, como la fruta, podridas en el huacal. Y cumplió su palabra.

A las siete en punto pasamos al comedor. Sirvieron pambazos rellenos de chorizo, chocolate y unos polvorones que se desbarataban al morderlos y que por un segundo realizaban el milagro de ahuyentar las penas del alma. Eran una alegría parecida a la de los fuegos fatuos que suben al cielo, brillan y desaparecen para siempre. Me sorprendí pensando en eso, yo que por decisión propia había dejado el sol, la belleza y una placidez bucólica en la que viví sin darme cuenta de los ocasos tumbados sobre las aguas o de que salía la luna y volvía a meterse o de que desaparecía el último lucero con la aurora.

Pilar comía con una avidez reconcentrada; sus pupilas, cuentas de collar, se oscurecían y sus labios tomaban forma de pico al recibir cada bocado; en cambio, Rosario masticaba lenta y concienzudamente. Partía el pambazo con la destreza de un cirujano que partiera una codorniz.

—¡Están deliciosos! —exclamé entusiasmada y para romper el silencio que caía a plomo sobre nosotras. Rosario no respondió. En su lugar, la tía Guadalupe dijo:

—Mis hijas hacen maravillas. Tomaron clases con un repostero francés y alta cocina mexicana con una señora de Puebla, famosa en la república. Las jóvenes de casa rica aprenden a cocinar, sólo las rancheras se conforman con unos frijoles parados. ¿Qué otra cosa pueden enseñarles? En El Faisán me di cuenta de lo que te digo; allá, en la hacienda, las mujeres nada más sabían preparar el nixtamal para las tortillas y los tomates para la salsa —arguyó la tía sin que por su mente cruzaran ya nubes cargadas de presagios.

Creí que aquel regocijo culinario se había organizado en mi honor; sin embargo, preví pasos en falso y pregunté:

—A pesar de vivir solas y de recibir pocas visitas, ¿preparan siempre estas delicias?

—A tu abuelo le gustaba convertir cada comida en un acontecimiento, y me dediqué a cumplirle el gusto y se volvió una costumbre...

—¿Sabes quién era mi abuelo? —interrumpí sorprendidamente.

Por un instante se desconcertó; luego, sin responderme, le pidió a Rosario que le sirviera dos polvorones más.

Aunque nos sentábamos en torno a una mesa redonda, ella presidía ocupando una silla de respaldo más alto; eso le daba una categoría especial. De su belleza legendaria conservaba el corte tenaz de la mandíbula y la nariz afilada. Junto a las sienes su piel parecía pergamino contra la calavera.

Ignoro por qué no se me ocurrió añadir una frase y nadie tuvo intenciones de ayudarme. Las cuatro mujeres que calladas merendábamos chocolate y golosinas permanecíamos unidas por una fuerza invisible y casi sobran los comentarios, salvo aquellos que partían de nuestra personal curiosidad.

—¿La Nena también estudió repostería?

—La Nena fue la mejor de mis hijas, mi orgullo y mi favorita hasta el día de su muerte —repuso la tía categórica estirando su plato para que Pilar le sirviera otros dos polvorones.

A las ocho ya estaba en bata y acostada. Un hombre negro cruzó lentamente la pieza y se deshizo en transparencias. Quizá recé. Sí, recé lo que me enseñaron de niña y tiempo atrás no rezaba, “Dios te salve, María, llena eres de gracia, bendita eres entre todas las...”, y el sueño arribó poblado de congojas, de visiones distorsionadas, de rostros extraños, envejecidos, de fantasmas rubios con los cabellos revueltos, metidos en camisones vaporosos y deshilachados que les daban apariencia de ánimas en pena.

Hubiera jurado que alguien entró a mi cuarto en la madrugada; se reflejó en las lunas del ropero y se quedó al borde de la cama observándome con atención minuciosa, como si anhelara reconocerse en mí o robarme algo, ¿pero qué? Yo era una pobre que no encontraba los brazos de otro pobre. Desperté bañada en sudor, enfebrecida, segura de que en el fondo del precipicio unos ojos transparentes me retrataban en su laguna quieta. No hallé a nadie cerca y me extrañó que la oscuridad no fuera total. En la cabecera, la aureola de la Virgen brillaba con sus oros fosforescentes. Desde esa primera noche aprendí a distinguir los ruidos agigantados en la quietud: un silbato a lo lejos, un vehículo transitando por la cuadra, el tronar de una madera, una voz.

Desperté muy temprano sin haber descansado y con la certidumbre de que las tías deambulaban por los pasillos la noche entera. Pilar me dio instrucciones sobre lo que se esperaba de mí y se inició una rutina marcada por la hora de las comidas y las tardes de mutismo en que la tela de Rosario se colmaba de canastas cargadas de nomeolvides y en que mi *petit pois* crecía, un lirio aquí, una guirnalda allá, una rosa de pétalos amarillos, el pie de la doncella que recibe la ofrenda del caballero, el cuerno enhiesto, agresivo.

—¿Tía, por qué bordamos las mujeres?

—Para soportar el dolor.

Quise adivinar qué dolores había padecido esa frente surcada de arrugas; sufriría la muerte del marido, la soltería de las hijas, le habrá desilusionado que no llegaran embajadores y ministros a pedir las en matrimonio, se angustiaría de que sus rentas no le alcanzaran ya para pagar ni a una criada, se afligiría cuando por un edicto del gobierno la familia perdió la hacienda. Probablemente tardó en acostumbrarse a la idea de que no era suya aquella extensión de terreno fértil sembrado de caña, de que los potreros se quedarán vacíos y los mangos sin cosechar. ¿Qué pensaría la tía perseguida por la niebla en su camino de El Faisán a Perote? Nunca hablaba de eso. Le parecía impúdico mostrar otra pasión ajena al orgullo; pero a veces dejaba que le brotara el rencor contra las reformas agrarias como una ortiga en medio del corazón.

El pie de unos candeleros colocados arriba de una repisa era una efe de Faisán; el papel de recados tenía una efe realzada aunque la tía no probara pluma ni para apuntar la lista del mercado.

—¿Tía, por qué nosotros lo perdemos todo?

Alzó un momento el rostro de su tejido y me miró sin verme:

—Todos lo perdemos todo —dijo con profunda convicción.

Empecé a concluir que pertenecíamos a una raza en decadencia que se ahogaba lentamente. Moríamos de nuestra propia muerte, ballenas encalladas en playas desiertas. Cuanto me rodeaba adquiría la rosada y crujiente transparencia de las flores prensadas entre las hojas de un libro. A cada puntada se me borraban los recuerdos; ya no añoraba los atardeceres en Tlacotalpan ni el rumor del río, ni los sermones del señor cura. Cada vez que ensartaba una aguja se me desvanecían un poco más de la memoria las manos queridas; mis senos no extrañaban sus caricias; desaparecían en la bruma del olvido las facciones del amado, su nariz respingona, su respiración ansiosa.

Cada vez que remataba un hilo me dolía un poco menos recordar junto a mí el hermoso cuerpo desnudo y algo áspero, su pecho hirsuto. Me alarmé. Intenté mandar cartas a mis amigos distantes o escribir un diario para detener la omisión en las palabras; pero yo misma me puse obstáculos, no hallaba las oraciones que permitieran redondear un pensamiento completo, trastocaba la ortografía y mi franca letra Palmer se llenaba de tachaduras. El pasado se alejaba y el presente no cobraba importancia. Advertí que me estaba convirtiendo en estatua de sal. Los días pasaban sin dejar huella como se desprenden las hojas del almanaque en las películas hollywoodescas de los años en que nací.

Los miércoles nos acercábamos a la cocina, algodón en mano. Se extendía una manta y parsimoniosas colocábamos encima la platería que tallábamos a fin de dejarla refulgente. Las conversaciones giraban sobre el tema.

—¿Es oriental esta cafetera tan redondita, con una culebra por mango y un mono de cara sonriente en la tapa?

La tía simulaba reconcentrarse, revolver los archiveros donde guardaba las historias viejas, y contestaba sin darle importancia:

—Mi marido y yo la compramos en un bazar de Estambul.

—¿Y esa ponchera adornada con uvas?

—Me alarma que no lo sepas. Es un diseño de William Spratling. Me la regaló tu padre, junto con esas copas.

—¿Mi padre?

—¡No sé lo que digo! Me la dio un sobrino cuando cumplí mis bodas de plata, meses antes de quedar viuda.

—¿Y este juego de té antiguo?

—Fue herencia de familia. ¡Rosarito, talla con un cepillo las plumas de esos faisanes para que no te queden blancas!

—Con mucho gusto —decía Rosario, y emprendía una tarea que había llevado a buen puerto mil veces.

—¿Cómo llegaron a ti estas palmatorias?

—Estaban en la capilla de la hacienda...

—¿Y los platitos petitorios...?

—También. ¡Pilar, no olvides traer la cuchillería!

Pilar sacaba un estuche y lo traía en brazos con más cuidado que si cargara a un bebé.

Los domingos se guardaban bíblicamente. Asistíamos a misa de siete, poco concurrida. Comprábamos nuestra despensa en la tienda de la esquina, que vendía excelentes jamones y butifarras y que, al igual que otras tiendas de ciudades pequeñas, se llamaba La Favorita. Completábamos el recorrido visitando la tumba de la Nena. Desde lejos, el Cofre de Perote atestiguaba nuestra caminata simulando un gigante tozudo. Formábamos una mustia caravana enlutada que avanzaba en fila bajo enormes y austeros paraguas. Cada quien cumplía su parte del ritual sin equivocaciones. Rodeábamos la sepultura y pulíamos esmeradamente sus letras de bronce. Extraíamos lo indispensable de una cubetita que habíamos abastecido de franelas, líquidos, escobetas, estropajos, y limpiábamos un recuadro en el cual se leía la siguiente inscripción:

“Refugio Rosas del Castillo

(1915-1941)

Te busco en la tierra
y estás en las alturas”.

La tía Guadalupe supervisaba el trabajo señalando con la punta de su paraguas partes que no quedaban suficientemente bruñidas. Al terminar, emprendíamos el regreso con frío por dentro y por fuera.

En medio de una lluvia que taladraba los huesos, regresamos un domingo. Pretexté dolor de cabeza para subir a mi recámara sin merendar. Caminé alrededor del pasillo sólo por

desentumirme. Noté que había una ranurita iluminada bajo la puerta de un cuarto al fondo, del lado izquierdo. Supe que allí estaba lo que había buscado. Paso a paso, venciendo las aprensiones, me acerqué y toqué. Como respuesta se apagó la luz y no se escucharon ruidos. Tuve miedo. Percibí presencias desconocidas; por un momento quise bajar y comentarles a las tías lo sucedido. Me contuve inexplicablemente. Pospuse los aspavientos y decidí recogerme. Entré en la cama temblando de escalofríos y con una gripe atroz, los dientes me castañeteaban. Me arrebujé entre las cobijas y caí una vez más en el limbo. Y llegaron otras visiones nebulosas acompañadas por una vocecita tímida que me consolaba las penas del alma con un himno doliente a la culpa y al pecado...: “Pecaron las tres Marías siendo vírgenes doncellas, y pecaron las estrellas con la claridad del día. Pecó la sabiduría con el ángel que lloró, después que el fruto comió de aquel huerto de flores, si todos somos pecadores, ¿por qué no he de pecar yo?”.

A la mañana siguiente, Pilar y Rosario vinieron a preguntarme si algo se me ofrecía. Una me ahucó la almohada y otra me tomó la temperatura. Aquella primera e inesperada amabilidad me dejó boquiabierta.

—¿Conocen el Cantar del Pecador? —les pregunté.

—¿El Cantar del Pecador?

—Ése que empieza diciendo: “Pecó un santo coronado, Adán con Eva pecó; si el mundo encierra el pecado, ¿por qué no he de pecar yo?”.

—¿Dónde lo aprendiste?

—Lo he sabido siempre; me arrullaron con él en la cuna —las tías no parecieron asombrarse—. Alguien habita en las piezas del fondo. Vi una lámpara que se encendía y se apagaba —les dije.

—No hay nadie. Es un foco que hace falso contacto —contestó Pilar.

—Y lo encienden y apagan los ángeles vengativos —añadió Rosario.

—¿Crees en los espíritus?

—No.

—Nosotras sí. ¡Guarda silencio y escucha! ¡Escucha! —aconsejó levantando un dedo para imponer absoluta quietud—. Estamos convencidas de que existen los espíritus gemebundos del purgatorio, los hemos visto, hemos conversado con ellos.

Y como si mi presencia dejara de importarle, Rosario continuó:

—Niceto Carretero fue a España para participarles a sus familiares el compromiso con la Nena. Desde allá enviaba noticias puntualmente. No era un hombre culto pero sabía entrar en detalles. Nos hablaba del paisaje de su tierra, del recibimiento que le dieron, de las ilusiones que se había formado, de las fiestas de su boda y del viaje de novios que pensaba realizar. Sentadas arriba de esta cama leíamos a coro, entre risas nos turnábamos para repartirnos un parrafito cada quien. Nos peleábamos por llegar hasta el punto y aparte. Imaginábamos cosas buenas y gozábamos inventando proyectos. Una noche, a eso de las ocho, salimos al balcón. La llovizna había escampado y algunas personas paseaban por la plazuela, cuando vimos a Niceto caminar en la acera de enfrente rumbo a nuestra casa como si fuera a cumplir su visita de novio. Estaba pálido, alzó el rostro hacia nosotras. Miró a la Nena, que lo saludó con la mano y lo llamó por su nombre; pero él, sin pronunciar palabra, continuó su camino hacia la esquina. La Nena le pidió a nuestra nana que lo trajera de vuelta y la nana pudo seguirlo un trecho largo; pero una sombra existe mientras la refleja una luz, el farol de la calle se había apagado y Niceto se perdió en la bruma de un callejón. Luego supimos que a esa misma hora se hundía el barco en que regresaba a México.

Por cariño y por convicción, en Tlacotalpan conservamos las tradiciones. ¿No te acuerdas de que a la Nena le encantaba vestirse de jarocho? El cachirulo y los aretes le quedaban que ni mandados a hacer. En una fiesta de Licha Lara se comprometió con Carretero. Quién sabe qué abeja le picó a Guadalupe; la dejó ir sola y la niña siempre tan vigilada gozó de libertad y se fue de cabeza con el primero que le dijo cosas bonitas. Aquellas serenatas dejaron un reguero de comentarios, aunque a veces el tal Niceto se pusiera nostálgico y para rememorar sus lares les pidiera a los músicos que tocaran *Las bodas del rey Alonso*. La Nena se encogía de hombros y aseguraba que nunca había oído una melodía tan sentimental. ¡Claro! Él pensaba cumplir su palabra, cumplirla como los buenos. Se fijó fecha, se confeccionaron donas maravillosas pues esas mujeres cosían con dedos de hadas, se apalabró banquete en el Casino Español y se compró vestido con un velo de siete metros. Entonces Niceto partió a su patria, sobrevino la desgracia y no volvió. Con la desdichada nueva, la Nena abortó a su criatura y al poco tiempo supimos que había muerto. Fue una heroína romántica tardía. Cuentan que Guadalupe, al advertir la falta de su hija, aullaba como animal, y envuelta en un mantón tomó la calle convertida en la Llorona. Semejante tragedia les cambió la vida a todas y nunca regresaron por aquí; sin embargo, en Tlacotalpan las historias quedan prendidas en los cables del telégrafo, se esconden en los portales, se agazapan bajo las bancas de la parroquia esperando que uno las saque a conversación.

La existencia se me convirtió en una inmensa rutina poblada de silencios. El mayor entretenimiento consistía en contemplar las prendas preciosas que Rosario bordaba y entre papeles de China y bolitas de alcanfor guardaba en su respectivo arcón de la buena esperanza. Ante mis nulos esfuerzos por comunicarme con el mundo exterior, una mañana me avisaron que Fidel estaba en el portón

preguntando por mí y empeñado en conseguir que me regresara a Tlacotalpan. Ni siquiera me digné recibirlo. Mandé decirle que no se preocupara y que transmitiera a las tías, a las otras tías, cariñosas memoranzas.

Mi única inquietud era espiar lo que ocurría al final del pasillo. Había vuelto a surgir la raya de luz en la rendija bajo la puerta y no me cabía duda de haber escuchado ruidos inexplicables. Algunas veces, en la oscuridad oí trajines, cuchicheos, movimientos temerosos. Quise inútilmente explicarme su razón. Por más que afiné los sentidos nada puse en claro; pero se me afincó una certeza: alguien seguía trayéndome, entonados a retazos desde el centro nacarado de un caracol, versos que hablaban de los pecadores lances del viento con las rocas, del rocío con los aromas del prado, del ángel Serafín que no logró reconocer, a pesar de tenerlo junto, al árbol envenenado. Y las culpas de todos me obligaron a imaginar que encerrados en el último rincón de la casa vivían seres horribles, fieras encadenadas y babeantes, una camada de ratas que trepaban por las paredes y envilecían con su contacto cuanto alcanzaban a rozar sus patas inmundas, sus colillas infames. A pesar de aquellos delirios lograba dormirme con sopores que me abrían el camino del túnel, hasta que una madrugada desperté gritando. Niceto Carretero había venido a visitarme. Parado bajo el balcón se quitaba parsimonioso su carrete e inclinaba la cabeza de cabellos negros y envaselinados con la misma reverente cortesía del unicornio ante la dama. Ya no reposé. Permanecí con las pupilas fijas en las tinieblas y con el oído extrañamente atento. De pronto distinguí unas pisadas menudas que subían las escaleras. Por un segundo supuse que llegarían a mí; me enderecé. Nadie movió la manigueta. Los pasos se desviaron al cuarto del fondo. Me levanté cautelosa, entreabrí mi alcoba y presencié una escena desquiciante: Pilar dio un par de golpecitos, puso una charola con comida en el piso y se apartó nuevamente; apenas se alejaba cuando la puerta

se había entornado y alguien jalaba la charola hacia el interior. Los ruidos cesaron.

Amaneció nublado según costumbre. La prisa se me fue al cielo y en el comedor encontré que las tías terminaban su desayuno. Parecían poco comunicativas y, aparte de los rutinarios saludos mañaneros, no pronuncié otras palabras conciliadoras. Me serví un café sin leche y, mientras movía el azúcar con la cucharilla, me quejé del clima, del paisaje gris, de la niebla que bajaba de la sierra y lenta y tenazmente se apoderaba de la ciudad. Como remate dije:

—Perote es el infierno, un lugar hecho a propósito para pagar los errores.

—Por eso estamos aquí, ¿no? Por eso viniste —contestó Rosario. Y con un gesto de águila que acorralara a una gallina—: Cuéntanos por qué se suspendió tu matrimonio; seguramente se comieron la torta antes de tiempo y el galán se te echó para atrás...

No la esperaba ya, pues desde que llegué había temido esa agresión. Desconcertada, busqué en vano el auxilio de la tía Guadalupe, quien procuró no entenderme. Se irguió en su silla aguardando mi relato. Con un nudo en la garganta abandoné la habitación. Subí. Frente al *secrétaire* moqué temblorosa la plumilla; empecé una nota rogándole a Fidel su auxilio urgente; le pedía que volviera una vez más, que me sacara de aquel horror repleto de aparecidos, que me regresara a la casa junto al río, a los nenúfares de su jardín. Y a medida que llegaban estos pensamientos, la caligrafía se convertía en garabatos. Dos gotas de tinta cayeron sobre el papel y las lágrimas, las lágrimas que no había derramado durante mis veinticinco años de vida, empezaron a manar como una fuente incontenible.

Y se repitieron las semanas, las horas idénticas, naderías convertidas en señales y hábitos familiares, las campanadas del

reloj, los bordados, la repostería francesa, la incomunicación, las compras indispensables, la misa dominguera, el paseo al cementerio, el cuidado del sepulcro, mi tedio, mis acechanzas, hasta que la monotonía se detuvo como si se hubiera roto el cristal que nos reflejara. Rosario se disponía a servirle una taza a la tía Guadalupe y dejó que la cafetera se le resbalara; al changuito se le acható la risa contra el suelo y la culebra quedó más retorcida que de costumbre. Aquella desgracia causó conmoción, un alud de carreras, llantos, exclamaciones y apremios. La tía Guadalupe no soportó esa otra pérdida y se dobló víctima de una embolia. Sus hijas enloquecieron, le pedían que resistiera, se compadecían de sí mismas, se abrazaban una a la otra. Hincada frente a un niño Dios estofado, Rosario pedía perdón por su descuido y suplicaba la misericordiosa dádiva de la salud de su madre. Atrás, con los brazos en cruz, Pilar recitaba jaculatorias.

Entre edredones y cojines de encajes acostaron a la tía Guadalupe, embargada por blancura mortal. Había dejado una mano exangüe, de venas azules, sobre el embozo de la sábana, y un brazo colgante que aparentaba ser más viejo y más sabio que el resto de su cuerpo. Pilar y Rosario mandaron traer al sacerdote con los santos óleos y a un médico que llegó apresurado. Lo conduje al lecho de la enferma. Sin dar ninguna esperanza, la auscultó con gran concentración y confirmó que estaba a punto de expirar y que ya no conocía a nadie; pero creí que movía imperceptiblemente los labios y la barbilla. Supuse que procuraba decirnos algo haciendo un acto de contrición. En un impulso, salí, corrí escaleras arriba y nerviosa manipulé la cerradura del cuarto del fondo. La puerta se abrió porque no tenía llave. Regados por todos lados encontré las faldas, el pañuelo, el mandil y las otras prendas de un traje de jarocho, y, acucillada en un rincón, a una mujer empequeñecida como perro apaleado. Un olor fétido me impidió entrar. Desde afuera le dije:

—Mamá, la abuela se muere. Ésta es la ocasión para que salgas de aquí y recuperes tu libertad.

Ella me miró con unos ojos llenos de asombro y tristeza. Se levantó trabajosamente, llegó hasta la puerta y volvió a cerrarla.

La señora Rumorosa

Te aseguro que he deseado
que esta nuestra noche
No tenga alba...

SAFO

Desde hacía varios años la señora Rumorosa ocupaba el departamento más pequeño del edificio donde vivía (dos habitaciones y una cocina pequeña). Había sido una muchacha delgada y pálida y el apellido le iba bien porque de alguna manera recordaba las hojas de los álamos, que al menor soplo de aire se voltean y dan una cara blanca produciendo un leve rumor parecido a la voz que ella tenía. Hacía cinco años que había enviudado. Su marido, con el que vivió cuarenta años, no podía decirse que la amara grandemente. Jamás tuvo consideraciones con esta mujer menuda a la que llenaba de obligaciones hasta extenuarla, porque si algún grave defecto podía atribuírsele era que se agruparía entre los comodinos a los que no les preocupa mortificar a otros con tal de no molestarlos ellos mismos. Incluso se negaba a prender la televisión y jamás supo cómo operaba la videocasetera, en la que casi todos los sábados por la tarde veían películas. Ambas cosas le parecían esfuerzos que jamás emprendería. Alguna vez asentó categórico que era más hábil para ser protegido que para proteger. Y al sentirse enfermo decidió reconstruir la tumba de sus padres en Morelia y ser enterrado en ella sin mostrarle a su esposa el menor afecto a pesar del tiempo que ambos habían pasado juntos en este mundo. Aunque la señora Rumorosa acostumbraba llevarle las pantuflas apenas lo oía meter la llave en la cerradura de la puerta y soportaba con paciencia sus quejas porque estaba muy cansado por atender a clientes en la agencia de co-

ches usados donde trabajaba, o porque ese día no había llegado ninguno y se había agotado leyendo el periódico de cabo a rabo. También eran frecuentes los reproches sobre la comida, a la que siempre le faltaba algo: gracia, sal, sazón, azúcar si se trataba de dulces. De manera que la señora Rumorosa sospechaba que si no se había divorciado era para evitarse los trámites correspondientes y visitas a los abogados y al juzgado. Aunque el asunto nunca se comentó y prefirieron seguir la rutina impuesta día tras día; pero en el fondo a ella eso le causaba una enorme tristeza que sobrellevaba sin alardes. Se conformaba ocupándose de limpiar su departamento, donde nadie hubiera encontrado una brizna de polvo ni aun detrás de los cuadros. Tallaba hasta dejar relucientes las pocas piezas de plata heredadas de sus padres, el juego de té con su cafetera, el marco de los retratos y alguna fruta de tamaño regular. Ese escrúpulo por la limpieza se notaba en su persona, siempre olorosa a jabón y a un tenue aroma de violetas que representaba uno de sus pocos lujos.

Salía de casa rara vez y sus paseos consistían en dar la vuelta alrededor de los parques cercanos o las calles adyacentes y sentarse en las bancas para ver patinar a los niños que allí andaban con las mejillas coloradas, gracias al ejercicio, y el cabello revuelto o sudoroso. De vez en cuando iba a la librería El Péndulo para comprar un libro que le interesaba o asistía a la Sala Xavier Villaurrutia si había ciclos de conferencias, a pesar de que no fueran especialmente interesantes.

Su hija vivía en el extranjero, en un remoto pueblo de Alaska. Ella sólo lo conocía gracias a las tarjetas postales que eventualmente le llegaban, pueblo pequeño que le proporcionaba a su yerno un puesto bancario de poca importancia y aceptable comodidad. Eso le permitía mandarle a la suegra modestas cantidades puesto que no lo consideraba su obligación sino una especie de caridad que su mujer le agradecía. Además, la señora

Rumorosa recibía chequecitos moderados en Navidad o el día de su cumpleaños junto con recados afectuosos.

Así, nadie pensaría que gozaba de una posición desahogada aunque en el edificio donde habitaba hubiera elevador y portero para no dejar entrar a los intrusos, lo cual daba falsas expectativas para cualquiera que no conociera a fondo la situación económica de esta mujer callada y triste que se marchitaba día con día. Nada importaba demasiado. La señora Rumorosa había sido siempre poco amiga. Sus visitas eran escasas y casi nunca la requerían. Jamás aportó a las reuniones ningún brillo especial o una conversación sobresaliente y la mayoría de sus contemporáneos o murieron o se desperdigaron hacia diversos rumbos sin molestarse en dejar sus nuevas direcciones.

Una tarde, a eso de las tres o cuatro, sonó el teléfono sorpresivamente. La señora Rumorosa casi se sobresaltó. Hacía semanas que nadie la llamaba y al otro lado de la línea escuchó una voz con acento norteño que dijo:

—¿Te acuerdas de mí? Hace tiempo no hablábamos.

Parecía un sujeto de Monterrey del que tenía pocas noticias desde hacía meses.

—¿Quién eres? —respondió.

—¡Qué pronto me has olvidado! ¿De verdad no te acuerdas?

Ella juzgó descortés decir que no. Y, hurgando en sus recuerdos y entre sus conocidos, se le ocurrió decir:

—¡Claro! Rogelio Reyes. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Mañana voy a la ciudad de México para arreglar asuntos, y sería interesante desayunar contigo para recordar viejos tiempos...

—Encantada... —repuso la señora Rumorosa—, ¿te gusta algo en especial?

—Lo que tú quieras será perfecto. Aún recuerdo tus dotes culinarias. Salgo de aquí a las cinco apenas amanezca y estaré en tu casa a eso de las nueve o diez. ¿Te parece, o es muy tarde?

—No. Te espero a la hora que puedas. Ten mucho cuidado en la carretera, no vaya a pasarte algo por correr demasiado...

—Bueno. Entonces allí me tienes sin falta, y te agradezco mucho que no te haya molestado el que me invite yo mismo. Hasta pronto, pues.

La señora Rumorosa ni siquiera dudó un instante y pensó en un menú variado. El desayuno nunca presentaba grandes complicaciones, pero fue al mercado de Medellín para comprar cosas frescas: chicharrón que prepararía en salsa verde, huevos con longaniza, moronga con yerbabuena, crepas rellenas de flor de calabaza, frijoles con epazote y café de la olla endulzado con piloncillo; además compraría en una panadería cercana diversos panes y hasta un pastelillo de elote que allí hacían bien. Pensó que su invitado no podría quejarse con una buena porción de frutas y jugos de naranja, zanahoria y mango, según su gusto y elección. Lo tuvo todo dispuesto desde las ocho y adornó la mesa con flores y la vajilla, incompleta ya pero suficiente para dos personas.

Cuando se bañaba volvió a sonar el teléfono. Otra vez escuchó la misma voz algo meliflua y excesivamente cariñosa.

—Mira —dijo—, hoy me levanté con el pie izquierdo. Imagínate que cuando manejaba para allá choqué con otro coche. Nada de mucha importancia, un rayón; pero iban varios tripulantes, entre ellos unos niños que lloran sin parar. Los papás llamaron a la policía de caminos y no me sueltan. ¿Podrías hablar con el agente para decirle que soy un hombre honrado y que sólo me disponía a llegar temprano para desayunar contigo?

—Por supuesto, encantada. Ya tengo todo listo y estoy esperándote.

—Bueno, entonces te lo paso y le explicas.

Otra voz distinta le informó que todo se debía al exceso de velocidad y que los agredidos se conformaban con dos mil pesos.

—Le paso a usted al agresor —remató para terminar.

—Otra vez me appena molestarte, pero no traigo esa cantidad. ¿Podrías prestármela?

—¿Dos mil pesos? Es todo lo que me queda para terminar el mes...

—Bueno, depositame al menos mil quinientos y veo cómo me arreglo con lo que traigo en la bolsa. ¿Hay un Oxxo cerca de tu casa? Pónmelos allí a la cuenta que te daré en seguida, lo cobro y llegando los sacamos de mi cajero automático y te los pago inmediatamente. ¿De acuerdo? Mi teléfono celular es el 045 81 28 83 34 12. Por favor notifícame el depósito para que me dejen en paz y nos veamos pronto, más o menos a la hora señalada. ¿De acuerdo?

La señora Rumorosa se vistió rápidamente. Atravesó la calle hacia el Oxxo que estaba enfrente y luego llamó para avisar que ya tenía a su disposición el dinero. Dieron las doce y la una de la tarde y el sujeto nunca llegó. A la señora Rumorosa no le quedó más remedio que darse cuenta de que había sido víctima de un robo, un engaño muy bien hecho efectuado por un maleante y su cómplice, y desayunó sola, como siempre, su chicharrón en salsa verde. A su tristeza habitual se añadió una especie de desolación difícil de explicar. Se asomó por la ventana. Los niños que patinaban en el camellón ya no le parecieron tan agradables ni vivaces y pasó los siguientes días con una especie de cangrejo que por dentro carcomía sus entrañas. Trató de retomar su rutina habitual. Inútilmente. Había recibido una señal. Se vio desnuda ante los espejos del baño. Le reflejaron el cuerpo de una anciana delgada y débil. Sin pensarlo mucho, decidió. Puso sobre la mesa cerca del sofá el cuchillo más afilado que tenía, apuntando hacia ella, marcó con lentitud y sin equivocarse los números del celular que le dieron, 045 81 28 83 34 12. Esperó a que sonara tres veces y a la cuarta le respondió la misma voz melifluamente nortea.

—Eres Rogelio, ¿verdad? Me quedé esperándote el día que hablaste; tengo muchas ganas de verte. Hay en mi casa algunas piezas de plata y un collar de perlas auténticas de varios hilos que perteneció a la emperatriz Carlota. Fue regalo de una tía abuela; iba a dárselo a mi hija, pero insistió en que lo guardara para mis gastos funerarios. Además, tengo el cuello endeble y en ningún lugar al que asisto puedo usarlo, mi anillo de compromiso quizás te sería también de alguna utilidad. Te pediré a cambio únicamente un pequeño favor. ¿Por qué no vienes a buscarlos, si quieres acompañado por el agente de caminos? Estaré esperándolos hoy a las siete de la noche y tendré mucho gusto en ofrecerles las cosas como un regalo que merecen más de lo que suponen. Fuiste muy liberador. No habrá nadie más. El portero sale los viernes y les bastará con tocar el timbre. De cualquier manera, dejaré la puerta entreabierta. Mi dirección es Amsterdam 614, departamento 2, en el primer piso a la izquierda. Entrarán sin mayores complicaciones y sin que nadie los vea...

Luego la señora Rumorosa apagó casi todas las luces y se sentó cerca de una lamparita con pantalla rosada, que apenas iluminaba el cuarto, dispuesta a recibir a visitantes que ahora no faltarían.

El ansia de volar

—Ana, cállate.

—Ana, no digas bobadas.

—Ana, ¿por qué siempre dices estupideces?

La voz ronca del hermano menor rugía imperiosa a la menor provocación en las conversaciones y Ana callaba como avergonzándose de cometer una falta. Si no era el más joven, era uno de los mayores. Yo presenciaba muda la escena porque los niños bien educados guardan silencio y ni siquiera mi papá, tan patriarcal y democrático, decía nada, acostumbrado a una consigna establecida. Ana debía oír y callar, confinada a una soledad sin lenguaje, aunque el intercambio de frases y palabras estuviera muy animado y el padre de todos, o sea mi abuelo, hubiera traído hasta la mesa anécdotas de su juventud que lo transportaban a regiones nostálgicas. Cuenta aquella historia de tu novia Soledad, que te dejó por don Juan. Quiero oírla, pedía Ana. Los demás protestaban, y para qué te metes y le das cuerda. ¡Si serás tonta! Te encanta que repita sus mismos cuentos y los hemos oído mil veces. El abuelo no hacía caso y empezaba sus ritornelos. Importaba más olvidarse de que ya era viejo. La memoria le hacía creer que aún estaba en la política o los negocios y en posición de casarse con una muchacha huérfana y bella que lo aceptara quizás por interés y le diera ocho hijos. Ocho hijos. Ana causaba los mayores problemas. No es que fuera una mala muchacha. No. Es que había pescado sarampión. Y con el calor de Mérida, a mitad de una fiebre altísima, aprovechando algún descuido de su madre salió al patio, se quitó la ropa, metió un dedo en su obli-

el dedo gordo en su boca y despatarrada bajo una lluvia torrencial de las que inundan calles estuvo horas bajo el chubasco sin que nadie se diera cuenta. Desde entonces, explicaban, se echó a perder. Creció diciendo tonterías exasperantes, se entercaba, no aceptaba órdenes y en las reuniones familiares metía la pata cada vez que intentaba intervenir. Por eso cuando la callaban a coro obedecía avergonzada y sonreía como bobalicona con sus labios pintados de bermellón mostrando dientes que hubieran sido lindos si no hubiera permitido que algún dentista desprestigiado le pusiera unos horrorosos casquillos de oro alrededor de los frontales. Después de la complicada operación apareció con su sonrisa fulgurante y casi causó infartos masivos a cada uno de sus parientes. Además, Ana sufría un acné necio que la Pomada de la Campana no mitigó, hasta dejarle hoyos en las mejillas. Trataba de disimularlos usando demasiado maquillaje. Lo bueno de la varicela o de la viruela loca es que sólo dan una vez, pero el acné de Ana le duró la vida entera. No te rasques ni trates de exprimir los barros, aguanta la tentación o te quedarán señales, le advertieron; pero nunca escuchaba consejos y por eso había ganado fama su terquedad. Sin embargo, nadie la calificaría de fea perdida con su pelo rubio que le llegaba a los hombros, su grupa de yegua fina y sus piernas torneadas. Las cruzaba por las tardes, sentada en la terraza que daba al mar. Por entonces hacía tiempo que el abuelo se había mudado a Veracruz para fundar una cordelería.

Ana hacía *crochet* y bordaba sábanas o carpetas destinadas a su ajuar de novia. Algunos manteles venían a retazos en *La Familia*, que coleccionaba sin faltar número, lo cual le impedía el riesgo de dejar incompleta su labor. Si no podía hacerlo ella misma, mandaba comprar la revista y no la soltaba hasta leerla de punta a rabo. Incluso sabía los nombres de la redacción y los repetía como si fueran sus amigos. Seguía las instrucciones del punto matizado, elegía la gama de colores entre el montón de hilos que

atesoraba en cajitas alargadas bajo el logotipo de La Cadena y pegaba cada pieza con encajes. Así pasaba sus tardes. Se dormía amodorrada por el ruido de la mecedora. Abandonaba la canastilla de hilos sobre el suelo y tela y agujas sobre el regazo. De esta manera tomaba su siesta y el fresco sin reparar, a fuerza de ser tan conocidas, en la luz de una transparencia casi insoportable y en las sombras de los pilares proyectadas contra los mosaicos blancos y negros del piso. Los canarios, que no sabían volar aunque les abrieran las jaulas que colgaba en las paredes y cambiaba de lugar según las horas del día y los diferentes cuartos de la casa donde se encontraba, dejaban de revolotear la fiesta de sus plumas amarillas, de columpiarse dentro de sus prisiones respectivas y disfrutaban con ella el sueño de los inocentes.

Despertaban si pasaba un avión al momento de bajar el tren de aterrizaje para descender en el puerto. ¡Ah! ¡Cómo le gustaban a mi tía Ana los aviones aunque nunca viajara! Le parecía que el ruido de sus motores proclamaba aires de libertad como la *Marsellesa*. Olvidaba sus labores y caminaba hacia la baranda hasta verlos desaparecer descendiendo en la lejanía. Y el chofer contaba que muy seguido pedía que la llevara al aeropuerto. Alguna vez me invitó y fui con gusto creyendo que disfrutaríamos espectáculos de circo. Encontramos personas con equipajes que hacían grandes alardes cuando descubrían a sus conocidos; a otras personas que presentaban boletos y entraban a la sala de espera, a vendedores de lotería o de seguros. Ana se quedaba horas alelada diciéndoles adiós con la mano. Casi nadie se daba por enterado y los que se daban cuenta le respondían por compromiso. Parecía una criatura, más pequeña que yo, y al mismo tiempo una mujer en edad de tomar las riendas de su destino.

Yo no sé qué tanto les veía a los aviones ni lo que pensaba al verlos volar y desaparecer de regreso escondiéndose entre las nubes, porque el vocabulario de Ana tenía pocas palabras y sus comentarios eran simples. Se fijaba en cosas raras. Por ejemplo

eso de los aviones, que con su ir y venir se volvieron parte del paisaje acostumbrado para los demás. Ningún otro habitante de la casa reparaba en su aparición furtiva. Le fascinaba también la tonada de los vendedores que al atardecer ofrecían tamales de elote con carne de puerco. Encontraba chistoso el sonsonete de su pregón y lo repetía cuando se acordaba, como si no tuviera algo mejor que repetir. Tamaaaales de elote con carne de puercoooo. Anda, grítalo, a que no puedes gritarlo de la misma manera, me decía. Yo no comprendía fenómenos que estaban muy arriba de mi precoz inteligencia, si es que mi inteligencia fue precoz. Movía la cabeza desdeñando lo que se suponía un reto y me iba con mi música a otra parte.

Confieso que cuando llegaba hasta la terraza y la miraba meciéndose, bordando sin parar o durmiendo con la boca medio abierta y el brazo derecho colgante lleno de pulseras con monedas y dijes de oro, tenía sentimientos contradictorios sin saber la razón. Quizá me predisponía la bulla de los hermanos, que no la dejaban hablar, como si Ana los avergonzara puesto que, a pesar de leer y escribir, el certificado de primaria fue para ella algo inconseguible. No pudo manejar un automóvil, se reía más de la cuenta y nunca sostuvo diálogos interesantes. Eso era una especie de secreto a voces comentado en silencio. Además, si algo le molestaba de verdad, subía el tono de sus protestas; sin embargo, jamás la oí gritar, según decían. La oí callar bajo una avalancha de gritos fraternos. Y en lo que a mí se refería, no tuvo otro gesto aparte de divertirme con sus hechuras o sus posesiones. Sacaba del ropero aretes de diamantes, collares de perlas y un solitario magnífico que le había regalado para su fiesta de quince años. O desdoblaba ante mi asombro sus bordados dignos de cualquier ocasión, manteles para doce o dieciocho personas, con las servilletas a juego. Linos adecuados para la hora del café, con sus servilletas a juego; individuales, con sus servilletas a juego. Sábanas y fundas matrimoniales y chiquitas dignas de camas y de cunas

principescas, con sus colchas a juego, unas rosadas y otras azules o blancas para los bebés que Dios quisiera mandarles, porque le gustaban las familias grandes aunque sus reuniones se convirtieran en una cena de negros y los hermanos varones llevaran la batuta. No he visto tantas maravillas desaprovechadas como las que me enseñaba llena de orgullo mi tía Ana. Porque si una prima se casaba o celebraba bautizos, ella prefería comprarle algún regalito antes que sustraer piezas a su tesoro. Lo enlazaba con un futuro telenoveleros en que los sinsabores se acabarían tan pronto el cura otorgara su bendición.

Durante una temporada parecía gozar la felicidad desatada. Tenía brillos inusuales nacidos de su interior. Apenas lograba contenerlos. Padecía en plena salud las fiebres de la viruela loca. Se reía con su risa bobalicona y bordaba horas extras. ¿Te parece que debería tejer chambras?, me preguntaba. ¿Para quién?, respondía con mi pragmatismo infantil digno de primeros ministros. ¡Ah, uno nunca sabe!, aseguraba misteriosa como la pitonisa de Apolo, que se expresaba en frases enigmáticas destinadas a buenos entendedores; pero Ana era soltera, su barriga permanecía plana y nadie anunciaba natalicios próximos. Irónica, le propuse que también hiciera mamelucos. Lo creyó buena idea y se puso a buscar en sus revistas patrones y sugerencias para confeccionar modelos novedosos.

Por esa época empezó a salir con distintos pretextos dejando tras sí una estela de perfume. Iba al salón de belleza, estrenaba vestidos y escribía cartas con letra torpe y faltas ortográficas sobre papeles de buena calidad comprados en el centro. Las apariencias no engañan. Me decía, con una frase socrática, una frase que nada tenía en común con sus pregones y que siempre he tomado en serio. Sus salidas favoritas no sólo se destinaban al aeropuerto, recorría también los terrenos cercanos al parque de béisbol. Jamás atravesaba las puertas para entrar, pero le pedía al chofer que le diera vueltas alrededor del dichoso parque y contemplaba

con admiración hasta las cuarteaduras en la pared. Su cara tomaba expresiones beatíficas. Regresaba con pasos que no tocaban el suelo y se dirigía hacia una mesa lateral junto al sofá de la sala donde ponían los periódicos. Buscaba la sección deportiva para repararla con ojos ávidos. ¿De cuándo acá tanto interés por los atletas?, le preguntaba yo, puesto que ambas nos habíamos declarado incapacitadas voluntarias para los deportes. Entonces me daba respuestas muy extrañas, como la sibila de Delfos y sin necesidad de vapores azulinos que la pusieran en trance, pero que tal vez se relacionaban con su comportamiento inexplicable.

Alguna tarde entré a la terraza y, en lugar de encontrarla bordando como acostumbraba, desde allí pude verla caminando hacia la esquina. Platicaba entusiasmada con un mulato alto, bien trajeado. La tomaba por la cintura y le decía cosas al oído que la encantaban. Guardé el descubrimiento como si fuera algo que a nosotras dos pertenecía, o mejor, a nosotros tres, si tomábamos en cuenta al mulato. Y cuando quise preguntarle con quién se citaba por las tardes mientras los demás tomaban la siesta, me contestó que mi comportamiento parecía el de una espía como las de las películas de guerra, que no me daría explicaciones de ninguna especie y que dejara de molestarla; luego fue directo a su mecedora, recogió su labor de donde estaba y se puso a mirar el mar. Su pensamiento trepó arriba de los celajes, porque no se fijó en los aviones que cubrían su ronda acostumbrada o en el pregón del tamalero. Ni siquiera colgó en la pared a sus canarios y los dejó en el patio achicharrándose bajo el calor de agosto. Pensaba en su intimidad y no quería enterarme. Pero como yo había entrado y salido de la terraza unas dieciséis veces, mi presencia la obligó y de pronto dijo: ¿Crees que Martín vaya en avión a México? ¿O que lo manden por tren junto con todo su equipo? ¿Quién es Martín?, repuse. Un campeón bateador. Ha ganado muchos juegos para el Águila. Le llaman el Maestro. También puede ser pitcher. Tiene carreras limpias admitidas y otras cobradas en

ponches; además es mi novio y nos vamos a casar. Pero eso a ti no te importa, contestó como retahíla y a punto de enojarse de veras. Las carreras limpias admitidas, los ponches y los pitchers me resultaban ciencias ocultas. Y lo mismo debieron resultar para Ana, salvo que se lo explicara con detalle y paciencia infinita el tal Martín. Creí oportuno cambiar tema y le pregunté qué había pasado con su pulsera del centenario, porque desde hacía un par de días no la usaba. Se la presté a una señora que me tira las cartas para saber mi futuro, dijo sin prestarle mayor atención al asunto. Entonces le dije que a mi abuelo no le gustaban esas adivinas y que iba a enojarse mucho al enterarse de que ella andaba por ahí dando sus joyas a cualquier desconocido. Mira, chiquita, vas a callarte o en mi vida volveré a dirigirte la palabra y no te dejaré mis alhajas cuando muera, me amonestó con una cara seria y fea que nunca le había visto. Si quieres te acompaño a recoger tu pulsera, puesto que sólo la prestaste, insistí previendo un escándalo en que los hermanos se arrebatarían la palabra para llamarla tonta; pero Ana había entrado ya en sus rutinas y me preguntó si Dihigo se ponía con hache o sin hache, porque le bordaría una toalla de manos en algodón egipcio con el nombre completo y un par de cupidos a los lados. Todo en blanco, que es el color más elegante aunque a los cubanos quizás les guste más el rojo fuego, comentó mientras planeaba ya otra de sus creaciones. Yo nunca había leído ese nombre escrito, sólo se lo había oído al chofer, que también era fanático del béisbol, y la dejé con sus dudas y su labor en la mente.

Las cosas siguieron igual, y las prendas de Ana siguieron desapareciendo una tras otra por arte de la maga intérprete del tarot. Jamás pude delatarla. Quizás así recuperaré su confianza, porque un día me confió: Martín ya es estrella de su equipo y se irá en avión para jugar varios partidos, pero antes pedirá mi mano y tal vez viaje con él.

Todo esto sucedió durante un verano en que estuvimos allá dos meses de vacaciones. Se reanudaron las clases y regresamos. No escuché los gritos; ni supe bien lo que pasó. Nadie me contó detalles y se me olvidó preguntarlos. ¿Por qué iban a informarme? ¿Para qué inmiscuirme en problemas de gente grande? Creo que mi abuelo se opuso con todas sus fuerzas indignado porque a un negro, y por añadidura pelotero, se le ocurría convertirse en su yerno. ¡De seguro el tipo buscaba dinero! ¿Qué hombre de razón se fijaría en Ana si no fuera interesado? Era un extranjero indeseable y arribista. ¿No había el hombre ese conversado con la muchacha? ¡Y las joyas! ¡Quién las tenía! ¡El anillo del brillante era lo más valioso! ¡Claro, se lo había robado con falsas promesas! Y quién sabe cuántas otras cosas más se habrán dicho en medio de una furia familiar. A estas alturas, ¿cómo recordarlas? Pero es casi seguro que Martín no atravesó las puertas de la casa, como Ana tampoco franqueó las del parque de béisbol. Lo más probable es que se negaran a recibirlo; mi tía no conoció los aviones por dentro y no hubo súplicas ni llantos que cambiaran esa decisión tan sabia. Ya lo dije antes, no supe bien lo que pasó, pero recuerdo con mucha claridad algunas voces:

—Ana, cállate.

—Ana, no digas bobadas.

—Ana, ¿por qué siempre dices y haces estupideces?

La barca de oro de Anthony Quinn

Pos le digo, señorita, ya que se empeña en saberlo. Mi mamá se ponía nerviosa cada vez que su familia nos visitaba. Se preparaba con anticipación. Me mandaba a bañar desde temprano y movía de lugar los muebles para que nuestro departamento tuviera cierta dignidad; pero era un esfuerzo tirado a la basura o un deseo imaginario, porque aunque limpiaba vidrios y polvo bajo las camas, nada hubiera conseguido contra las cortinas desteñidas, las paredes escarapeladas y la mesa calzada con un pedazo de cartón. Para comer elegía algo sabroso y rendidor. Lo compraba esa mañana aunque contara el dinero en las escaleras y me ordenaba no ensuciarme prometiendo tardarse lo menos posible. Sus parientes llegaban puntuales y guardaban una estricta compostura durante sus visitas. El problema era abastecerse de alcoholes. Eso quedaba a cargo de mi papá, quien hacía malabares y traía munchas botellas.

Apenas entraban mis tíos, nos alegrábamos. No importaba que sacaran a relucir cuentos que sabíamos de memoria sin preocuparse por inventar cambios o historias nuevas. El tío Federico gozaba resucitando lo mismo y se demoraba en cualquier tontería ocurrida antes de mi nacimiento. Y cuando el tequila iba a la mitad y las cubas seguían repartiéndose, mi papá descolgaba la guitarra de un clavo y empezaba a rasgarla. Amenizaba la reunión entonando sus canciones favoritas. Tenía un repertorio grande que terminaba con *La barca de oro*. Le salía muy sentida. Entonces, aunque la hubiéramos oído mil veces, dejábamos de hablar y lo escuchábamos. Cantaba los versos como si estuviera

despidiéndose de nosotros y nosotros de él, yo ya me voy al puerto donde se halla la barca de oro que habrá de conducirme. Yo ya me voy. Sólo vengo a despedirme, adiós, mujer, adiós para siempre, adiós. Y mi mamá dejaba de vaciar cenizas sobre el recogedor y de llevarse platos a la cocina y se quedaba parada a mitad del cuarto viéndolo como seguramente lo vio el día que se conocieron y él la llamó María Oaxaca porque su piel tenía el color de las piedras con que se construyeron las pirámides y una mirada tan pura como el cielo de Monte Albán y le festejaba cualquier ocurrencia creyéndose honrada porque la enamorara un hombre tan guapo, con el pelo rubio cayéndole sobre la frente. De eso habían pasado años. Pero a pesar de sus esfuerzos, de que mi mamá lavaba ropa ajena y del trabajo de chofer que mi padre conseguía por temporadas, no salieron de pericos perros y vine a este mundo y quizá era lo único que los mantenía juntos.

Esa vez, por aquello de la canción y por aquello de las despedidas, mi padre aseguró que tarde o temprano todos subiremos a la barca de oro para no volver jamás. Me pidió unas tijeras guardadas en un cajón. Las dejó en el centro de la mesa y empezó a girarlas como ruleta diciendo que moriría primero quien quedara señalado con la punta y que su juego no escondía trampas. Nadie participaba. A mi madre se le ensombreció la cara. Su muchacho de buena familia, que sólo sabía manejar, se las arreglaba según costumbre para descomponer las cosas aunque las cosas anduvieran bien; pero mi padre insistió con esa insistencia terca de los borrachos. Les preguntó a sus cuñados si eran unos coyones o qué para despreciar su propuesta. Por fin aceptaron entre asustados y en broma y fueron colocándose alrededor. Quise acercarme, pero mi mamá me alejó y puso sus brazos sobre mis hombros. Las tijeras dieron varias vueltas, perdieron fuerza hasta pararse quietas apuntándole. A mi papá le dio harto gusto y no hizo caso de que María Oaxaca comenzara a reprocharle que echara a perder el día con sus estupideces. Mi papá insistió

sin darse por enterado. A lo mejor ni la escuchaba. Todos con-
tuvimos la respiración. Parecía que de veras presenciáramos un
presagio. Federico se interesó. Los demás guardamos silencio
mientras las tijeras rolaron y señalaron nuevamente a mi padre.
En lugar de azules, se le habían vuelto los ojos rojos y se orinaba
de risa porque el pico filoso le apuntaba por segunda vez y po-
día decir ya ven, esa barca me espera.

Creo que no les agradó el chiste. Dejaron de recordar viejos
cuentos. Se despidieron poco a poco como si les hubiera caído
pesada la comida de mi mamá. Sólo quedó Federico, empeñado
en aburrirnos con su hablar lento que adormecía a la gente. En-
trada la noche, también tuvo que irse. Mi papá le abrió el zaguán.
El tío quiso prender su carro y el carro no arrancaba. Mi papá
revisó el motor; sólo se había bajado la batería. Ni siquiera pren-
dieron las luces, y pensaron que un empujoncito lo haría circular.
Además de ojos claros, mi papá era alto y fuerte y movía el coche
con facilidad en tanto que mi tío luchaba con la marcha. Ningu-
no de los dos se fijó en otro automóvil que salía de la esquina o
de ninguna parte a gran velocidad. Nunca pudo frenar aunque
las llantas chirriaron. Mi padre murió aplastado. Mi mamá gri-
taba que él había tentado al diablo hasta que el diablo se lo llevó,
que ya nadie la llamaría María Oaxaca, que de cualquier manera
toda su vida había aborrecido ese nombre, y lloraba y lloró des-
consolada como si la hubieran partido en dos. Ésos, señorita, son
mis meritos orígenes y nunca los he negado.

Un café discreto

Durante el año y medio que Julián y ella habían sido amantes acordaron encontrarse con la mayor discreción. Por ningún motivo querían arriesgar sus respectivos matrimonios ni perturbar la tranquilidad de sus hijos. Sobre todo, Rosa insistió mucho en este punto. Odiaba los escándalos y se enorgullecía cuando sus conocidos la calificaban de esposa perfecta. Escogieron el lugar por situarse a una distancia más o menos equitativa de sus casas y por su discreción. Tenía pocos clientes y en la terraza servían café, excelentes galletas y pasteles hechos por los dueños.

El edificio, propiedad de unos austriacos, se conservaba en perfecto estado, con rasgos del Bauhaus en triángulos amarillos y blancos a lo largo de los emplomados que rodeaban la escalera circular hasta el quinto piso. A falta de elevador, resultaba cansado el recorrido después de aquellas tardes de caluroso amor; pero creían haber encontrado el resguardo ideal.

Subió casi corriendo. Llevaba lentes oscuros que le cubrían la mitad de la cara y una pañoleta en la cabeza, amarrada al cuello.

Rosa salía primero del hotel en busca de su automóvil que dejaba a tres cuadras de distancia y se tardaba pagando el estacionamiento. Julián llegaba antes y escogía una mesa alejada de la barda para que nadie pudiera descubrirlos desde la calle.

Otra mesa, cubierta con los consabidos manteles a cuadros rojos, la ocupaban unos jovencitos agarrados de las manos que observaban las jacarandas florecidas del parque que estaba enfrente.

Ellos volvían a saludarse, se daban un respiro y señalaban noticias de algún periódico.

La mesera fue dos o tres veces para preguntarles la orden. Pidieron pastas y la carta cotidiana para elegir cualquier cosa al centro. Así alargaban unos minutos más su rutina semanal, que, sin darse cuenta, durante esos meses se había vuelto algo nuevo, un territorio propio al que no pensaban renunciar.

Cerca de la puerta se sentó una mujer con un notable embarazo de siete u ocho meses. Quiso pastel de chocolate, especialidad de la casa, y un buen vaso de whisky. Aunque no servían bebidas alcohólicas, ante su insistencia, después de consultarlo, regresó la muchacha diciendo que por esa vez harían una excepción; sin embargo, mandaban aconsejarle que aquello no era lo mejor para su estado. Ella pareció no oírlo. Comió con voracidad, apuró de un trago el licor, dejó un billete y salió sin esperar el cambio.

—Es la vecina del tercer piso —dijo la mesera—. Hace unos días trató de suicidarse.

—¿Cómo? —preguntó Julián asombrado.

—Se colgó de una lámpara pegada al techo; su pareja llegó a tiempo y cortó el cordón.

—¿Entonces es una de las parroquianas habituales?

—Sí, viene a menudo y siempre toma lo mismo.

De pronto, sonó un golpe fuerte y fofo. La embarazada se había tirado desde arriba y esta vez no falló en su intento.

Asustados, todos los presentes se asomaron al barandal y mirándose entre sí descubrieron un funesto espectáculo.

Apresurado, aunque tambaleante, el portero cerró el zaguán con llave y se ayudó de una tranca para que nadie pudiera salir antes de ser interrogados por la policía.

Miserere mei, Deus

Se oía como ensalmo. Repetido sin cansancio. Los sirvientes procuraban pasar lo menos posible frente a los cuartos bajos del palacio de Laeken. Alguna vez una de tus damas de compañía, desoyendo órdenes estrictas de la reina María Enriqueta, esposa de tu hermano, se arriesgó a preguntarte por qué pedías lo mismo. Iluminada por rayos que hubieran entrado en tu atormentado cerebro, dijiste:

—Unos hablan con el acento del triunfo. Yo hablo con la autoridad del fracaso.

Pero no cambiaste el tono de tu ruego ni dejaste de estar en otras regiones aunque entonces parecieras persona cuerda y tu respuesta fuera lúcida.

La atrevida hizo una reverencia y salió pensando que a lo mejor habías recobrado la razón o que no estabas tan mal como se empeñaban en decir. Sin embargo, tu letanía seguía oyéndose. Era lamento desesperado o bajaba hasta un murmullo.

Le exigiste que se quedara. No debía abdicar, ni siquiera ahora que las cosas parecían perdidas. ¿Jamás recordaba el ridículo que hicieron cuando fue gobernador de la región lombarda y véneta? Si fallaba nuevamente, serían el hazmerreír de las cortes europeas. Lo apodarían el derrotado, *l'archidupe*, como los franceses lo llamaban a sus espaldas; aparte, aún podían recibir ayuda. En Europa estabas dispuesta a usar cualquier argumento para vencer a Napoleón III de que no retirara sus tropas y mandara refuerzos. Entrevistarías al Papa suplicándole su intervención.

Si fuera preciso te arrodillarías recordándole que también el Vaticano los había involucrado en la aventura mexicana con esperanzas de reconquistar bienes eclesiásticos expropiados en aquel país. Maximiliano te escuchó poco optimista, pero tampoco te disuadió. Las dubitaciones formaban parte de su carácter. Como buen cáncer, prefería postergar acontecimientos. A lo mejor pensaba que así los evitaba. Era una de las muchas cosas en que cada vez coincidían menos. Sabías desde el principio que tu entrevista no serviría con el patizambo del bigotito ridículo y mirada oblicua sobre las mujeres bonitas. A ti nunca te miró desde el rabillo del ojo porque jamás figuraste entre las bellezas europeas. Te comparaban con tu cuñada Isabel o con Eugenia de Montijo. Se criticaba tu mandíbula obstinada y ese orgullo que no dominabas ni siquiera cuando te querían abrazar. Napoleón permanecería inconmovible incluso echándole en cara que los había embarcado en una absurda empresa con el anzuelo del trono mexicano porque estaba empeñado en apoderarse durante quince años de las minas de Sonora. Casi oías su negativa. Sacaría a relucir el bienestar de Francia. No en balde creciste sentada en las gradas de un trono y sabías que los monarcas cambian promesas según soplan sus intereses. Tenías algunas esperanzas de triunfar ante el Papa, ligado a un país tan católico. Bastaba que instruyera a sus obispos; pero Pío IX, que los había alentado cuando dudaron aceptar la corona, te recibió con evasivas. Nunca se negó en rotundo y tampoco prometió intervenir. Tu padre te había inculcado la idea de que una princesa real no debía deslumbrarse por la grandeza ni abatirse por la desdicha; pero allí, en los aposentos papales, tuviste una crisis seria. ¿Sería consecuencia de tu antigua y secreta enfermedad? ¿Te habían dado en tu viaje a Yucatán para conocer las ciudades mayas esa hierba negra que algunos nombraban y todos temían? El Papa se quedó sin palabras cuando le confesaste un miedo atroz de ser asesinada. Por eso sólo comías alimentos que

alguien probaba en tu presencia. Querían matarte, susurraste para evitar que oyeran.

—¿Quién, hija mía, intentaría semejante crimen? —preguntó sin comprometerse y como si lo más importante de esa entrevista fuera reconfortarte con una taza de chocolate caliente que mandó traer y que dejaste intacta, abalanzándote sobre la que él estaba bebiendo. En cambio añadiste:

—¿Será el demonio que viene a confundirme? —y tus ojos parecían alucinados.

¿Era verdad que tu imaginación había sufrido la influencia del sol calcinante en aquel país lejano donde fuiste emperatriz? Tú, María Carlota Amelia Victoria Clementina Leopoldina, princesa de Bélgica, que ahora pasabas días y noches repitiendo *miserere mei, Deus*, revelando una agonía que tus criados evitan para no llegar al fondo.

Se cuchicheaba que empezaste a repetirlo cuando recibiste noticias del enlutado embajador Hooericks, que miraba hacia los tapetes para ocultar las rayas de su frente marcadas por un estilete de hierro al cumplir una misión tan penosa. Le causaba enorme esfuerzo realizarla. Mientras narraba, las arrugas de su piel parecían extenderse como jeroglíficos. Siempre creyó que eras alta, quizás por la manera de sostener la cabeza erguida sobre tu cuello. En realidad tenías una estatura mediana y tus pupilas verdes se ennegrecían cuando algo te turbaba. Hooericks pasó noches en vela antes de presentarse ante ti. Tenía facilidad para los discursos y era de palabra ligera, pero no encontraba el tono adecuado para exponer esas noticias de manera oficial. Prefirió escribirlas aunque sonaran como páginas de un diario histórico. Cuando sacó el pliego del bolsillo las manos le temblaban, los papeles también y los renglones bailotearon. Nunca antes cumplió una encomienda más dramática. Carraspeó aclarándose la garganta al empezar.

A las seis del miércoles 19 de junio, el emperador destronado y sus dos generales fieles, vestidos de negro, dejaron el Convento de las Capuchinas. Hacía una mañana preciosa a pesar de la hora temprana. Maximiliano se detuvo bajo el dintel del portón y, como buen marino, alzó los ojos al cielo de Querétaro, una ciudad levítica y conservadora. Notó que no había nubes en el cielo infinito y dijo:

—Me despide sonriendo el día en que me llevan a la muerte.

Tres coches de alquiler esperaban enfilados. Cada quien ocupó el suyo acompañados por un sacerdote. Los caballos recorrieron a trote largo las calles silenciosas. Todas las casas estaban cuidadosamente cerradas. Se detuvieron en el Cerro de las Campanas, donde un mes antes había ocurrido la capitulación. Unas infecciones estomacales y fluidos de sangre que lo aniquilaban no impidieron que el emperador bajara primero. Sacudió el polvo pegado en sus solapas durante el trayecto; preguntó quiénes serían los soldados del pelotón encargados de ejecutarlos. Señalaron a varios infelices de diferentes tamaños y uniformes, con pequeños quepis. Los saludó de mano y puso en sus palmas una onza de oro pidiéndoles que le apuntaran directamente al pecho. El capitán, joven bien parecido, se acercó para asegurarle que detestaba ese mandato.

—Muchacho, el deber de un soldado es obedecer. Le agradezco sus palabras, pero siga las órdenes que le dieron —fue la respuesta.

Abrazó a sus compañeros, se colocó en el centro y dejó que Miguel Miramón ocupara su derecha. Tomás Mejía quedó a la izquierda; luego, adelantándose, pronunció un breve discurso justificándose. Retrocedió a su puesto y señaló nuevamente su pecho. Dicen, añadió Hooericks, que sus últimas palabras en medio de un suspiro fueron:

—¡Pobre Carlota!

Se alzó una espada, se oyó gritar “¡Fuego!” y cayeron las víctimas.

A Maximiliano lo hirieron tan cerca que sus ropas se incendiaron. Los médicos presentes, luego de apagarlas, escondieron bajo un paño el rostro medio calcinado. Benito Juárez autorizó que embalsamaran el cuerpo antes de entregarlo, después de muchos trámites, al vicealmirante austriaco para embarcarlo en un ataúd rumbo a su patria con los honores impuestos por su rango.

Oíste los detalles de lo sucedido e interrumpiste la lectura. Evitaste conocer el resto del documento. Te cubriste con ambos brazos la cara esquivando un latigazo. Hay cosas que destrozan en segundos la felicidad de toda la vida; pero tu felicidad terminó pronto cuando pasó el entusiasmo de haberte casado por decisión propia con un archiduque de la casa de Habsburgo, embelesada por aquellos ojos claros aunque tu marido no fuera precisamente un hombre hermoso, con su mentón huidizo que disimulaba la barba rubia. Te cautivó desde el primer instante, gentil, carismático, bueno para encantar a quienes lo trataban. Renunciaste a Pedro de Portugal y te negaste a la propuesta de Sajonia. Entonces no sabías que para Max el pecado era irresistiblemente atractivo. Por eso le gustaban todas las mujeres, menos tú. Fuiste feliz corto tiempo. Quizás mientras tu prometido te enseñaba los planos del palacio que pensaba construir en Miramar, con un *boudoir* para ti tapizado lujosamente y una jaula llena de los pájaros más raros del mundo. Quizás días antes de tu boda, cuando creíste que la fortuna te había bendecido, o durante las fiestas de tu matrimonio al acaparar las miradas vestida de raso blanco briscado de plata, cubriéndote bajo el velo, obra maestra de los encajeros belgas que caía en pliegues sobre tu espalda. ¿Llevabas al cuello el corazón sangrante, la enorme gema rodeada de rubíes que te mandó como regalo de bodas tu cuñado Francisco José? No lo recordabas ya, pero aquella unión

estuvo llena de presagios funestos que entonces no pudiste interpretar, absorta, dándole vuelo a tu entusiasmo, creyendo que el destino estaba de tu parte, viendo a tu novio vestido con el gran uniforme de almirante de la Armada austriaca, esperándote en el salón azul del Palacio Real de Bruselas, acompañándote a la capilla y luego ofreciéndote su brazo para ir a la comida que el burgomaestre les ofreció, seguida de una fiesta veneciana con la asistencia de sesenta mil espectadores.

Después vino lo de Italia. Max nombrado virrey y destituido por su hermano. Regresaron a Miramar, un refugio para viejos. Resultaba imposible a su juventud inquieta aislarse en aquella mansión levantada sobre rocas y escuchar el bramido del Adriático azotándose contra la costa o cubriéndose en invierno de una niebla desolada o golpeado por vientos del nordeste fuertes y fríos. La vida que llevabas allí no era la prevista. Lo expresaste en alguna carta. Tampoco previste que mientras esperabas tres meses a tu esposo, que había viajado al Brasil, mientras orabas diariamente por su feliz regreso, él se comportara como un muchacho disoluto y de regreso te contagiara sífilis. Lo arrojaste de tu cama y durmieron siempre en cuartos separados. Jamás se lo confiaste a nadie. ¿Qué hubiera pensado Leopoldo I respecto al gentil Maximiliano, que te había dejado estéril, sin posible descendencia legítima? ¿Leopoldo, que se llamaba a sí mismo el casamentero número uno por su eficacia al concertar alianzas reales? ¿Leopoldo, que se preguntó muchas veces si había hecho bien al permitir que la hija más amada eligiera por sí misma y tuvo dudas y se recriminó muchas veces por no buscar un partido de conveniencia aceptando que su Carlota eligiera a un segundón con pocas esperanzas de reinar, su Carlota, la mejor de las reinas, su tesoro estimado, su vivo retrato?

La enfermedad te trajo fiebres y desvaríos y luego ya no te acercaste al piano donde eras una virtuosa ni interpretaste ninguna canción con tu hermosa voz de contralto. Te robó tu inocencia

esa enfermedad que los médicos trataron misteriosamente, discretamente, y que los servidores comentaban en las cocinas. Jamás se lo confiaste a nadie, pero tu ingenua pasión encalló como una fragata moribunda en aguas grises. Desde entonces Max y tú se ahogaban soportando un drama familiar y se aburrían sin sexo, sin poder, sin ceremonias reales. Por eso la idea de ser monarcas en México fue una maravillosa salida, un cauterio para ese aburrimiento infinito. Prefirieron lanzarse al abismo. Fue mentira que lo hubieras instigado. Los dioses enceguecen a quienes quieren perder. Ambos lo deseaban y se negaron a oír advertencias. Sin embargo tú quisiste calmar las inquietudes de tu suegra empeñada en señalarles peligros. No hojeaste para nada los libros de historia frecuentados en tu adolescencia por consejos de tu padre, jamás escuchaste las noticias adversas de los espías ni notaste que Maximiliano quería compensarte con una corona a cambio del niño que ya no podías tener ni lo oíste llorar escondiéndose, convencido de que se arriesgaba por ligarse a los conservadores, él que era liberal. Sólo supiste desde entonces que estabas perdida. Tú, quien años antes en tu primera y luminosa juventud dejaste en tu diario la idea de que la suerte te había concedido cuanto deseabas en este mundo.

Evitaste leer el testamento o tocar el reloj que tu marido se quitó del chaleco para mandártelo. Te levantaste repentinamente de la silla desde donde atendías el relato de sus últimos momentos y comenzase a pegar gritos desgarradores, *miserere mei, Deus*. Lo mató la jardinera. Y sollozabas en medio de otras frases que nadie entendía, salvo cuando dijiste ha muerto a los treinta y cinco años con el valor de un hombre y la dignidad de un príncipe. Cruzaste bruscamente la habitación tapándote la cara para exorcizar una escena que no habías presenciado. ¿De qué servía la dignidad de un príncipe? Perdiste mucho antes la tuya cuando lo dejaste solo, huyendo por celos, abandonándolo con su amante, sabiendo que no volverías a verlo ni podrías ayudarlo, incitándolo a quedarse en medio de un caos. Yo fui el sable que

señaló el momento de los disparos, decías. Dabas pasos de ciega; pero pudiste abrir la puerta y correr hasta el jardín para perderte en el laberinto de árboles recortados por hábiles tijeras. Sin embargo odiabas los jardines. Te recordaban a tu rival, esa mestiza capaz de darles bebedizos y a él un hijo. El hijo que no fue tuyo. ¿Cómo iban a tener hijos si nunca dormían juntos y jamás te penetraba? Cubrías la soledad de tu cama vacía con un misticismo falso atendiendo largas misas en la catedral para velar las desdichas de tu matrimonio. Suplicabas *miserere mei, Deus* y esperabas una señal milagrosa. Las cosas cambiarían y Max iría a tu cuarto una noche cálida para dejarte preñada.

Odiabas a esa plebeya con unos celos enfermizos. Al revés de otras princesas, te habías casado por un amor potente que resultó doloroso y mal correspondido y te despertabas sudando, con los senos latiendo como corazones ansiosos de caricias y el camisón pegado al cuerpo en medio de pesadillas que te empujaban a tirarte desde lo alto del Castillo de Chapultepec para destrozarte contra los riscos. Otras veces pensaste envenenar a Max y a la intrusa. Planeaste varias formas. Sólo tu confesor lo sabía. Y te oía pacientemente convencido de que jamás cometerías semejantes despropósitos.

No eras frígida pero sí demasiado orgullosa para acostarte con algún mozalbete de tu guardia imperial frente a los que provocabas admiración caminando con ese andar alado que te enseñó tu institutriz, regiamente ataviada durante tus cabalgatas de amazona emprendidas bajo la frondosidad de los ahuehuetes. Evadías cualquier cortejo manteniéndote aparentemente ausente, inmune a consuelos y a esos muchachos morenos y apetecibles.

Nunca supiste usar el dedal aunque bordabas extraordinariamente bien. Te hubiera gustado hacer una canastilla completa, colchas llenas de perlas, fundas con la M de Maximiliano II, que tendría la tez rosada como su padre, la nariz un poco roja cuando hubiera frío y la sagacidad política de su

abuelo Leopoldo. Nada de nodrizas, tú misma amamantarías a ese bebé que se iba a reír dentro de tu vientre para confirmar buenos augurios y sería tan culto que hablaría más idiomas de los que hablaban sus padres y entre los muchos libros de la biblioteca escogería *Vidas paralelas*, de Plutarco, para comprender los entretelones del poder. Crecería con los cabellos castaños tapándole las orejas y seguiría riendo como antes de su nacimiento y siempre estaría feliz. Sus primeros pasitos lo guiarían hasta la sala del trono. A veces lo imaginabas bello y puro extendiéndote los brazos, porque personalmente lo cuidarías. No te importaba que en Europa se comentara que criabas a tu hijo como si fueras campesina y después, cuando tuviera la edad requerida, iría a la misma escuela que fundaste y de la que te enorgullecías. Sí, allí lo esperaba una banca. Así entendería mejor a su pueblo tierno y valiente. Desde las terrazas contemplarían juntos el paisaje, los volcanes nevados a lo lejos, sus riachuelos, los dos lagos, uno salado y otro dulce, las chinampas cargadas de verdura. Lo vería todo con sus ojitos transparentes y asombrados. Habías empezado a bordar en secreto una gorrita tan preciosa que era digna de exhibirse con sus encajes blancos y sus rositas diminutas. Llevabas meses haciéndola y la guardabas si alguien aparecía tocando tu puerta de improviso.

La noticia de que la jardinera tendría un hijo fue la última gota de la desesperación; también las princesas sienten por más que se diga lo contrario y se espere que actúen como estatuas. El golpe, ese nuevo golpe, te tiró del pedestal y te rompió en pedazos. Supiste que el amor duele y por ser tan grande y desgarrado se convierte en odio. Odiaste a Max con la misma fuerza con que lo habías querido. Le deseaste la muerte. Te volviste su ángel de la muerte, como decía tu cuñada Isabel. Por eso huiste. Regresaste a Europa para no enterarte del alumbramiento.


Luego no te falló la memoria y pensaste en Lacrona, visiones de tal naturaleza eran rayos luminosos en tu cabeza confundida. Compraste la isla por puro capricho, sin darle crédito a las consejas populares. Decían que todos los que la tienen mueren violentamente, reciben la maldición de Circe. Escuchan cantos de sirenas. Con ustedes, con Maximiliano y contigo, se cumplieron las predicciones. Buscarías la manera de heredársela al bastardo, que según te contaron había nacido y era muy parecido a su padre. Repetías la palabra *Lacrona* y decías otras cosas incongruentes, tontas, locas. Porque estabas loca, no había duda. Ya ni siquiera ibas a la capilla. Tus sirvientes y acompañantes salieron a buscarte en tropel junto con el embajador azorado. Te encontraron tirada en el pasto, llorando y encogida como feto. Entre varios te llevaron a tus aposentos. Desde entonces se oyó tu rogativa: *miserere mei, Deus*. Haz que yo misma me perdone. Pero Dios estaba sordo.

Índice

El cantar del pecador	13
La señora Rumorosa	32
El ansia de volar	38
La barca de oro de Anthony Quinn	46
Un café discreto	49
<i>Miserere mei, Deus</i>	51



El ansia de volar y otros cuentos, de Beatriz Espejo,
se terminó de editar en agosto de 2022, en
Toluca, Estado de México. Para su formación se
usó la familia tipográfica Matiz, de Juan Carlos
Cué. Diseño y formación: Hugo Ørtiz. Cuidado
de la edición: José Cipriano Núñez Fernández y
la autora. Editores responsables: Alejandro Pérez
Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.



Con el esmero de un pintor realista, Beatriz Espejo retrata, en esta selección de textos, vivencias de mujeres en situaciones cotidianas, nada alejadas de una realidad posible y cercana, reveladoras de las entretelas del alma femenina. Temas como el, en ocasiones, pesado encanto de la familia, con las costumbres atávicas, los secretos y engaños que en su núcleo se guardan; los reveses de soledad y desencanto que la fatalidad asesta a ciegas; la necesidad de escapar a las restricciones que impone el vivir en sociedad para alcanzar la realización personal y ser uno mismo; la búsqueda de afecto, las frustraciones. Asimismo, recrea la historia trágica de la esposa de Maximiliano de Habsburgo, la emperatriz Carlota.